

Ponencia
**“Movilizaciones juveniles de acción política en Colombia,
inspiradas en la reivindicación de género, la promoción de la paz y
la búsqueda de la no violencia”**

Autora:
Claudia García Muñoz¹

Panel 4. Paz y democracia

La presente ponencia se desarrolla como parte de los hallazgos y resultados obtenidos en la investigación “Movilizaciones de acción política de jóvenes en Colombia desde la paz y la no violencia”, adelantada en el marco del Programa: “Sentidos y prácticas políticas de niños, niñas y jóvenes en contextos de vulnerabilidad en el eje cafetero, Antioquia y Bogotá: un camino posible de consolidación de la democracia, la paz y la reconciliación mediante procesos de formación ciudadana”, proyecto cofinanciado por COLCIENCIAS y el Consorcio Universidad de Manizales-CINDE-Universidad Pedagógica. Dicha investigación ha buscado comprender los procesos juveniles de acción política fundados en la paz y la no violencia, así como reconocer las realidades que transforman. Por tanto, se ha explorado desde el campo de los lenguajes, las formas de enunciación que se dan en las movilizaciones de acción política de dichos jóvenes y la manera como acontecen los saberes y conocimientos que fisuran la naturalización de sentidos incorporados sobre la acción política, desde sus imaginarios, representaciones y sus propias prácticas sociales. En este proceso, los colectivos juveniles confluyen en sus visiones sobre la paz y la no violencia, pero difieren en sus propias prácticas de acción política, marcadas por la identidad colectiva. Así, el colectivo “Ruta joven” marcado por las reivindicaciones de género, proponen sus propias formas de acción política y configuran saberes emergentes, situados en el cuerpo, el sentimiento político y la sororidad, como principales formas de enunciación política. Igualmente dotan de sentido sus reivindicaciones, a partir de una profunda crítica al sistema patriarcal, y se moviliza en búsqueda de equidad en la participación política, a través de la cual puedan desplegarse nuevos discursos sobre lo público, desde la visión de las mujeres y las diversidades sexuales. Lo público se resignifica como un espacio alternativo político, donde se recrea la vida cotidiana y se construyen potentes experiencias colectivas.

¹ Psicóloga, magister en educación y desarrollo humano y doctora en ciencias sociales, niñez y juventud. Docente investigadora de planta de la Universidad de Manizales (Colombia), directora del Centro de investigaciones socio-jurídicas. Directora del proyecto de Movilizaciones de acción política de jóvenes en Colombia desde la paz y la no violencia”, adelantada en el marco del Programa: “Sentidos y prácticas políticas de niños, niñas y jóvenes en contextos de vulnerabilidad en el eje cafetero, Antioquia y Bogotá: un camino posible de consolidación de la democracia, la paz y la reconciliación mediante procesos de formación ciudadana”, proyecto cofinanciado por COLCIENCIAS y el Consorcio Universidad de Manizales-CINDE-Universidad Pedagógica.

Las reivindicaciones de este colectivo, se inspiran en el rechazo a todas las formas de violencia hacia las mujeres, especialmente aquellas enmarcadas en el conflicto armado que se vive en el país. En suma, se trata de un escenario de concientización y formación feminista, basado en la educación popular, como estrategia que reconcilie el saber teórico feminista confrontado con las prácticas reales.

La trayectoria del Colectivo Ruta Joven-Risaralda, está vinculada al proceso mismo de desarrollo de la Ruta Pacífica de Mujeres, una organización nacional que se autodefine como una propuesta femenina y feminista de participación política, cuyo accionar ha estado centrado en el reconocimiento de los derechos de las mujeres, y particularmente, en visibilizar la violencia que se ha ejercido contra ellas, en medio del conflicto armado en Colombia. De este objetivo, se desprende su interés por trabajar en procesos de recuperación de la memoria histórica, en apoyo a un proceso de paz, verdad, justicia y reparación. Esta organización nace en 1996, a partir de una convocatoria que realizó un grupo femenino de Medellín al movimiento social de mujeres, para que se solidarizaran con la situación de muchas mujeres del país afectadas por la violencia derivada del conflicto, buscando visibilizar la violencia que se estaba ejerciendo en la vida y los cuerpos de dichas mujeres”. Es así como el 25 de noviembre de 1996 se realizó “la primera ruta de solidaridad de las mujeres de Colombia con las mujeres de Urabá”, en la cual mujeres de diferentes puntos del país recorrieron muchos kilómetros por carretera para acudir a la cita de Mutatá, corregimiento donde fue el encuentro y el surgimiento. Dos años más tarde se constituyeron formalmente como la Ruta Pacífica de Mujeres, dando este nombre a su organización porque está integrada sólo por mujeres y porque todos sus recorridos los hacen por carretera, promoviendo la no violencia y la paz. En Risaralda, al tenor de todo este proceso de la Ruta, se crea el colectivo “Ruta joven”, el cual surge a partir de dos sucesos concretos: uno tiene que ver con la convocatoria que en el 2002, hace la lideresa de la Casa de la Mujer y la Familia, a un grupo de estudiantes universitarias quienes por diversas razones se encontraban cercanas al trabajo de la Casa, para que se integraran a las actividades de la Ruta. Las jóvenes acuden a dicha convocatoria y participan de la primera ruta y es así como nace la “Ruta Joven” con un claro marcador generacional vinculado no específicamente a una referencia de tiempo, como si a un ejercicio de roles distintos en la sociedad y también, como una apuesta política diferencial dentro de la ruta, que aboga por la inclusión de la perspectiva de la diversidad sexual, entre otros. Así lo expresa una de sus integrantes:

“Yo creo que fueron como dos cosas: una que fue Sonia que nos hizo esta primera invitación a la primera movilización, a esta que te comentaba que fue en Bogotá y lo otro es que yo ya venía preguntándome un poco sobre el tema sobre la participación de las mujeres...me llamo mucho la atención que fuera una organización de mujeres y que tuviera que ver también con un tema político, entonces yo creo que de antes ya venía preguntándome como unas cosas y la invitación a la Ruta llego en un momento que hizo como clic para mí”(RPJ-P3:46)

El otro suceso que posibilita el origen de la Ruta Joven, estuvo relacionado con el trabajo a nivel nacional que realiza la Ruta, a través de la creación de una “Escuela de formación para la paz y la democracia”, desde una visión feminista; se realiza

dicha escuela como una especie de diplomado que duraba más o menos tres meses, con las clases los sábados y bajo una metodología desde el feminismo, donde se trabajan procesos de autoconciencia y reconocimiento del cuerpo. En Risaralda se realizó a través de una convocatoria amplia, pero el proceso era muy largo y no era fácil para las mujeres que venían de municipios lejanos o debían dejar sus hijos o el trabajo, así que el grupo fue disminuyendo hasta quedar un pequeño grupo de mujeres jóvenes estudiantes de colegios y universidades y en el marco de ese proceso de formación, se empieza a conformar la Ruta Joven.

Alrededor del surgimiento del colectivo “Ruta Pacifica Joven”, las mujeres jóvenes universitarias integrantes de este colectivo, reconstruyen los propios recorridos y experiencias, narrando su vinculación y trayectoria dentro del colectivo, como la confluencia de acontecimientos propios a lo largo de sus vidas, especialmente sus experiencias participativas en la vida escolar y universitaria, que las prepararon e hicieron posible que estas jóvenes pudiesen estar y hacer parte de la Ruta Pacifica hoy en día:

“Mi trabajo de grado tuvo que ver con violencia de género, violencia de pareja; entonces digamos que el estar vinculada a la Casa de la Mujer, me facilitaba muchas cosas en términos de la población, de conocer todo lo de género, movimiento feminista y todo, entonces fue como toda esa configuración de cosas que finalmente hizo que yo hiciera la práctica en la Casa de la Mujer y luego fuese parte de la Ruta” (RPJ-P1:15)

“Pero yo antes no hacía parte de ningún colectivo, aunque en el colegio venía como preparándome, haciendo como unas incidencias en el consejo directivo, en la personería del colegio pero todavía no una organización o grupo juvenil en particular” (RPJ-P1:20)

En los diversos relatos donde ellas narran su trayectoria de vinculación a la Ruta, pueden señalarse tres escenarios que han marcado significativamente la manera de ser y de pensar de estas jóvenes, su actitud participativa y de afiliación; estos son: la familia, el ámbito educativo (colegio-universidad) y otros espacios de participación alternativa como colectivos y grupos juveniles. En estos escenarios, ellas ubican las vivencias y experiencias que ligadas a acontecimientos específicos, en diferentes momentos de sus vidas, las han hecho ser lo que son y como son:

“En mi casa, mi abuela la veía viendo las noticias, escuchando las noticias, el tema político siempre se discutía en mi casa, entonces yo siento también que incluso desde que estaba en la escuela, yo estaba en tercero de primaria y hubo un concurso de cuento, sobre Pereira y sobre temas que tuvieran que ver con la ciudad y yo en esa oportunidad quede como en el tercer lugar; mi escrito fue publicado en el periódico, entonces yo creo que desde muy niña yo empecé a interesarme como en participar y sobre todo entender y tratar de entender lo que pasaba en mi ciudad y en el país” (RPJ-P1:29)

De manera significativa, aparece en sus narrativas, la referencia a la familia vista como un escenario muy importante donde se aprende, se comparte, se conoce el mundo; pero la familia que se narra, no es la familia bucólica, donde se construyen las relaciones de afecto; la familia que emerge en estos relatos es aquella construida por las dinámicas de poder que allí se gestan. Desde esta visión, las relaciones que se tejen y las dinámicas propias que se dan a su interior, están señaladas por el modelo patriarcal donde el padre (hombre) es quien ejerce el

mando y la autoridad y las mujeres obedecen y se dedican al cuidado de los demás. Este orden patriarcal es vivido por las jóvenes, como un orden legitimado, naturalizado y normalizado, que es fuente de desigualdad e injusticia y por tanto, les genera indignación y rechazo y las moviliza a asumir una postura crítica ante él. De esta manera, se genera en ellas una actitud de resistencia a este modelo de familia que las obliga a asumir un estereotipo y rol de “mujer” que las ubica en relaciones de subordinación instituidas, no solo en sus familias, sino en la sociedad en general:

“En términos personales yo estoy por varios motivos: el primero, por hacerle resistencia al modelo masculino y femenino que hay en mi casa, y con eso también darme mi lugar y mis cosas, y yo creo que la dinámica padre-hija madre-hija, hermana-hermana, ha cambiado sustancialmente; vengo de una familia que es papá, mamá, hermana, somos cuatro y mi padre siempre fue muy machista, peor el machismo de antaño”

Pero la crítica al orden patriarcal no sólo se limita a la vida familiar; también se hace extensiva a los espacios escolares e incluso, hacia los espacios de participación alternativos. En cuanto al escenario escolar, las jóvenes integrantes de la Ruta narran la forma como marcó sus vidas el hecho de pertenecer a colegios concebidos bajo el régimen patriarcal, fuertemente disciplinados y normatizados en roles y estereotipos de género machistas, que asumían la educación como el medio para formar mujeres “ejemplo”; esto las llevó a tomar una posición de “resistencia” frente al modelo que la institución les imponía sobre el ser mujer y el papel que esta debía asumir en la familia, en la sociedad y en la misma institución.

Las formas de hacer resistencia a este orden, las impulsa precisamente desde temprana edad a desplegar una presencia activa en diferentes espacios de “participación” de la institución, como el consejo directivo, el gobierno escolar y otros espacios más alternativos de expresión, como los clubes de literatura o grupos de teatro. Allí encontraron una posibilidad de manifestar sus posiciones, sus inconformidades y defender sus derechos como estudiantes, siendo incluso víctimas, en algunos casos, de estigmatización, discriminación y restricción en el libre desarrollo de su personalidad y la libre expresión:

“Yo me lance a la personería estudiantil en el colegio y estudiaba en un colegio de monjas y yo me acuerdo que mi primer acto de resistencia contundente fue ahí, porque a mí me llamo la psicóloga del colegio y la vicerrectora a decirme que yo no me podía postular, que yo no era una mujer “ejemplo” para que pudiera liderar procesos en el colegio y que yo no era la correcta ...”

Muy de la mano de lo anterior, emergen otros escenarios alternativos de participación, que las prepara en una trayectoria de vinculación hacia la Ruta. Estos escenarios están representados en colectivos altamente politizados en ideologías de izquierda, que en el país tradicionalmente han ejercido la oposición. El pertenecer a estos colectivos tales como la JUCO y Juventud Patriota, les abre nuevos horizontes de reflexión sobre los temas del Conflicto y la Paz en Colombia, pero nuevamente emerge la crítica porque la forma como al interior de sus dinámicas organizativas y participativas, se reproducen las mismas estructuras patriarcales de participación, en tanto el papel de las mujeres en el grupo aunque se declaraba democrático, en realidad era invisibilizado, subsidiario y por tanto, no

permitía que se sintieran representadas allí. En suma, a pesar de pregonar la lucha por la igualdad genérica de la humanidad, estos grupos no alcanzan a reconocer los intereses asociados a las desigualdades de género y la participación femenina es invisibilizada. Así lo relatan las jóvenes:

“Yo empecé a ser parte de uno de los grupos de izquierda, más populares “Juventud patriota”, pero entonces ellos empezaban a plantear como la liberación del ser humano y todas estas teorías marxistas y todo el asunto pero había un punto en el que no se cubría a la mujer, entonces la mujer era como un cero a la izquierda y entonces uno como que empezaba a indagarse: bueno, aquí que pasó?, y empezaron a existir ciertos choques”. (RPJ-P1:52)

Contrario a las experiencias vividas en la escuela, el colegio y en colectivos políticos juveniles, la universidad es vivida como un escenario potenciador del despliegue participativo de las jóvenes. La universidad marcó un salto cualitativo en sus procesos de participación y acción política, porque el conocimiento adquirido y reflexionado empieza a despertar interés y conciencia por los asuntos políticos/públicos y a generar pensamiento crítico. Como lugar de formación no solo académica, sino personal y social, el espacio universitario posibilita e incluso estimula, las posturas críticas de las jóvenes frente al orden patriarcal y las diferentes realidades que vive el país, especialmente aquellas relacionadas con el contexto socio-político que apoyadas en el conocimiento académico, las dota de sentido. Es así como desde la psicología, el derecho, la comunicación entre otras disciplinas, se generan cuestionamientos que empiezan a ser acompañados por la teorización, lo cual las lleva a reconocer en la educación y el conocimiento, los puentes de tránsito hacia la militancia pacifista y feminista.

Los cuestionamientos que surgen de estos nuevos conocimientos en torno al contexto socio-político del país, el reconocimiento del conflicto interno y su consecuente violencia, despiertan el interés personal por conocer sobre estas formas de violencia, especialmente aquellas relacionadas con el género, y el impacto diferenciado que dichas violencias tienen en las vidas de las mujeres. Este interés las moviliza hacia la búsqueda de respuestas en sus prácticas cotidianas y en su quehacer profesional. Unido a lo anterior, un acontecimiento coyuntural al interior de la organización de la Ruta pacífica de mujeres a nivel nacional, potencia este proceso de re-conocimiento del contexto y su propia autoreferenciación; se trata de la investigación nacional que sobre memoria histórica de las mujeres víctimas de violencia en el contexto del conflicto armado en Colombia, viene adelantando desde el 2010, la Ruta Pacífica de Mujeres y que constituye un escenario propicio y potente para articular los intereses académicos de estas jóvenes universitarias, con la militancia social.

“Yo entré a la ruta por la práctica académica de la universidad, ingreso en noveno y décimo semestre como ese último año e inicialmente ingreso es como a hacer la práctica en la Casa de la Mujer, no tenía mucho conocimiento de la ruta...Entonces digamos que todo comienza es de allí y además digamos q se fortalece mucho más con la realización de mi trabajo de grado que tiene que ver con violencia de género; entonces digamos que ahí se comenzó a fortalecer todo lo que tiene que ver con la visión feminista de todo y desnaturalizar todas esas posiciones de los géneros”

La “Ruta Joven” encuentra las posibilidades de ampliar su participación como colectivo dentro de una organización feminista, pues ya habían tenido experiencias sobre la participación y protagonismo restringido que se le daba a las mujeres, en otros colectivos políticos donde habían actuado. A cambio, en la Ruta, su participación es visibilizada, potenciada y tenida en cuenta, además de poder integrarse a un proceso investigativo que convergía con sus intereses académicos y que a su vez, contribuía con un interés superior: la defensa de los derechos humanos y el servicio a la comunidad, en especial a la causa de las mujeres.

Es importante señalar que aunque estas jóvenes ya manifestaban en sus trayectorias de vida, una fuerte inconformidad y crítica con el patriarcalismo vigente en sus espacios familiares y escolares, en general desconocían la propuesta feminista y no estaban cercanas ni ideológica ni teóricamente a la perspectiva feminista y/o de género. Es justamente en el contacto con estos espacios de la Casa y la Ruta y su vinculación activa a ellos, que empiezan a darse los procesos de desnaturalización del patriarcalismo en la vida cotidiana, lo cual resultan ser motivos para integrarse muchos más a ellos y emprender un proceso de formación en género y feminismo. Por tanto, en los relatos de las jóvenes, el colectivo es visto como espacio de transformación personal, formación académica y ampliación de la conciencia femenina:

Aunque la Casa de la Mujer y la familia y su articulación con la Ruta, es el acontecimiento que las jóvenes reconocen como el lugar de emergencia de su propio colectivo, al igual que es referenciado como el espacio de formación y de acogida, también ha sido objeto de sus críticas por considerar que representa una visión feminista que generacionalmente no comparten. Justamente el nombre “Casa de la mujer y la familia” ha sido puesto en cuestión, por constituir una forma de enunciación en el lenguaje que evidencia la carga machista que lleva implícita. Así mismo, este colectivo de jóvenes sienten que también al interior de la ruta es necesario luchar por mayores espacios de participación, pues visiones generacionales en torno al feminismo y estructuras jerarquizadas centro-periferia se reproducen también al interior de la organización, generando luchas de poder y tensiones que algunas veces debilitan su trabajo. Así lo expresa una de las jóvenes lideresas:

“Pues eso lo hicimos acá y termino siendo un tropel entre comillas; discusión de mover a la junta directiva, discusiones fuertes sobre el porqué la mujer es vista como mujer grande, súper heroína, que tenemos que ser protectoras de la familia..., es como si fuera el único espacio nuestro; bueno todas las discusiones que ustedes se imaginan ahí surgieron, pero eso también tiene que ver con esas lógicas y esas estructuras de poder que uno sabe que hay y que las resistencias son de largo alcance”

Sin embargo, la participación política no sólo se dinamiza al interior del colectivo, pues logra expandirse por fuera de sus contornos, mediante procesos de incidencia política en diferentes espacios públicos de la ciudad, donde tradicionalmente han estado invisibilizadas las mujeres y que ahora, por el trabajo de acción política que la Ruta ha desplegado, empiezan a aperturarse a la participación de las mujeres en ellos; comités de defensa de los DDHH, Comité de equidad de género, consejo

territorial de planeación, entre otros, son escenarios de integración Sociedad civil-Estado, a través de los cuales se propicia la inclusión de las mujeres y de sus visiones, fortaleciendo la democracia, lo cual se convierte en un núcleo de motivación para este colectivo de jóvenes, que visionan horizontes esperanzadores de transformación para la sociedad que sueñan:

“Pertener al colectivo también hace que en los escenarios donde participamos individualmente, también se desarrollan conversaciones y espacios de discusión del tema en articulación a otros espacios; por ejemplo, el POT, pensando en que la ciudad también se organiza militarmente... y la apuesta es pensar y soñar en una ciudad construida por seres humanos que piensan políticamente y no por la militarización que se ejerce”

De otra parte, el colectivo Ruta Joven se cohesiona y genera identidad y pertenencia, no sólo a partir de la racionalidad política que definen sus principios, sino ante todo, en la afectividad que expresan en sus encuentros, en sus formas de enunciación y movilización, lo cual configura un escenario de “Sororidad” donde no solo participan políticamente, sino que se reconocen afectivamente y se acogen a partir de procesos de reconocimiento de sus cuerpos:

“Entonces para mí es muy importante conocer la historia para conocer el presente; entonces desde el punto de vista teórico se dio como toda esa representación que hizo como sentirme, como moverme, como me siento identificada con los postulados de la Ruta y por otra parte conocer la parte simbólica, la parte del cuerpo, la forma cómo la ruta mira el cuerpo de las mujeres ... entonces como me mostraron ese cuerpo, cómo lo ve la Ruta..., así fue, o sea el sentirme identificada” (RPJ-P2:32)

De lo anterior, se evidencia un doble proceso de configuración de la identidad de este colectivo: de un lado, se propicia la unidad a partir de la racionalidad política derivada de la resonancia ética con los postulados de la Ruta Nacional, como la apuesta política por la negociación del conflicto y la paz de Colombia, desde una ética de la no violencia y antimilitarista; de otro lado, se logra cohesión a partir de una “afectividad política”, de una sororidad que parte de la importancia y centralidad del cuerpo de las mujeres enunciados en sus discursos.

El cuerpo es asumido desde una postura feminista, a partir de la cual es visto, sentido y asumido como “territorio de paz”, constituyendo el marcador identitario desde donde se posicionan, se movilizan y despliegan su acción política. Este colectivo de jóvenes, empieza a aparecer en el ámbito público a través de una estética del “cuerpo visible” que rompe con la estética que traía la Ruta tradicionalmente y que encubría el cuerpo con el luto de sus vestimentas y transmitía con su marcha silenciosa, el dolor de la guerra y la violencia. La necesidad de oxigenar estas formas de aparición de las “mayores” y transformar las prácticas mismas de movilización, hicieron que el colectivo de jóvenes universitarias, sintiera la necesidad de reactivar el movimiento desde otras lógicas generacionales y otra recursividad expresiva en el ámbito público; sus apuestas de movilización son llenas de colorido, agitación, exuberancia estética, remarcando la pluridiversidad del cuerpo:

“Pues la aparición de mujeres jóvenes oxigena en muchos sentidos, entonces por lo general en las

prácticas y en las dinámicas, por ejemplo vincular todo el tema artístico en las movilizaciones, las movilizaciones de las mujeres que hacía antes eran movilizaciones muy en el ritmo de la estética del silencio, en el tema del luto, cuando aparecen todas estas viejas -que no que el arte, que yo hago el performance, que yo me empeloto, que yo me pinto”.

Por otra parte, las jóvenes integrantes de la Ruta narran sus trayectorias vinculadas al colectivo, destacando experiencias significativas que no necesariamente se refieren a sucesos concretos; en algunos casos, obedecen a experiencias que se fueron tejiendo paralelamente a la construcción de sus propias subjetividades y en otras, obedecen a acontecimientos que dejaron enseñanzas en sus vidas o las sensibilizaron frente a realidades que no conocían. En todas ellas se destaca un interés por el trabajo en colectivo; una especie de conciencia originaria, un convencimiento intuitivo en que el trabajo individual o solitario no logra incidir ni transformar realidades, aunque también abogan por aquellas revoluciones en la vida micro-social, en la cotidianidad de cada persona, a partir de las cuales se forjan nuevas realidades. En este contexto, un fenómeno las identifica, las sensibiliza y moviliza como colectivo; se trata del impacto de la violencia derivada del conflicto, en las mujeres. A partir de la investigación realizada por la Ruta, se posibilitó que las jóvenes de la Ruta, pudiesen estar en contacto directo con las problemáticas de violencia, de las mujeres víctimas del conflicto; el escuchar directamente a estas mujeres víctimas de violencia, las conmueve, las transforma, les genera una sensibilidad, sororidad y compromiso con la necesidad de contribuir al cambio de estas realidades. El estar en contacto directo con las mujeres y sus problemáticas de violencia, les permite comprender mejor la historia del país, reconocer el contexto de conflicto interno que se vive y cuestionarse como sujetas políticas y como profesionales, frente al compromiso de aportar a la solución del mismo.

La experiencia más poderosamente significativa de este colectivo, está referida a la práctica investigativa que desarrolla sobre la violencia a mujeres en el marco del conflicto, a través de la cual pueden recoger los testimonios directos de mujeres víctimas, en un proceso de reconstrucción de la memoria histórica, en contacto directo con dichas problemáticas. Escuchar directamente los testimonios de las víctimas cambia la perspectiva de comprensión de la violencia y la paz y las moviliza socialmente, hacia la promoción de una solución negociada del mismo, dentro de los marcos constitucionales del país. En suma, la investigación desarrollada, desde una perspectiva feminista e interdisciplinaria, se convierte en medio y fin: medio para conocer realidades y fin para generar cohesión y visibilidad del colectivo. La investigación representa para la Ruta Joven, un medio de generación de conocimiento a través del cual se logra el empoderamiento de las mujeres, pues no sólo contribuye a reconocer estas realidades de las mujeres víctimas del conflicto del país, sino que además posibilita un replanteamiento de las propias posturas frente a sí mismas, como mujeres y futuras profesionales.

Por ello, es evidente su compromiso como colectivo con los procesos de paz negociada del conflicto, su visión institucionalizada de los mismos, las lleva a articularse a movilizaciones en pro de las negociaciones de la Habana, dentro del marco del reconocimiento institucional del Estado y de su ordenamiento jurídico legalmente constituido. A la Ruta Joven no le interesa actuar ni promover sus

procesos de acción política, por fuera de los marcos legalmente constituidos, ni por fuera de los circuitos ni espacios institucionalmente reconocidos. Todo lo contrario; como colectivo, buscan que su acción política incida en las instancias estatales, logrando permear dichas estructuras para visibilizar, posicionar y construir una perspectiva de paz desde las mujeres.

Este colectivo, despliega su movilización a través de la participación en escenarios de encuentro ciudadano y el trabajo en red con otros colectivos, como potenciadores de una práctica democrática permanentemente. Así mismo, asume que la acción política comunitaria y la pedagogía social, son estrategias a través de las cuales se logran los procesos de reconocimiento de las mujeres como sujetas de derecho. Este reconocimiento también está anclado en la declaración y visibilización de la violencia que se ha ejercido sobre las mujeres, en todo los ámbitos de la vida no solo en contextos de conflicto. Para el colectivo es claro que la violencia física ejercida sobre los cuerpos de las mujeres víctimas del conflicto armado, es la expresión más radical y extrema de la dominación patriarcal que se ha ejercido sobre ellas y que toma formas particulares asociadas al control, uso y abuso del cuerpo de las mujeres o incluso, de los cuerpos “feminizados” para explotarlos y utilizarlos como botón de guerra.

En este terreno, la violencia sexual resulta ser el dispositivo de control más eficaz para atemorizar, dominar y degradar a las mujeres y el dolor y rechazo que ello produce en las jóvenes pues lo consideran la forma más degradante de violencia hacia las mujeres, se convierte en la motivación para cohesionarse y luchar contra este régimen de violencia patriarcal, mediante la movilización colectiva, el compromiso ético y la acción política. Para ello, este colectivo juvenil feminista, se concentra en la sexualidad y los derechos sexuales de mujeres, en contexto de guerra y los espacios de encuentro y dialogo público, son movilizaciones mediadas por la lúdica y la estética, cuyo eje principal es la sexualidad.

Actualmente el horizonte de sentido de la acción política de este colectivo juvenil, con claro sello feminista está dirigida a apoyar el escenario de postconflicto en el país. Ello implica pensar un país donde el Estado no sea más carcelario; por el contrario, es necesario pensar la solución de los conflictos donde ambas partes les sean reconocidos sus derechos, no con ello acudiendo a la impunidad. Pensar en el postconflicto es acudir a formas de sanción para quienes incumplen las normas, es decir, es trabajar por combatir la impunidad.

Para este colectivo es clave el trabajo con las mujeres de base, como medio para trabajar en postconflicto y visibilizar este trabajo en el discurso público. El postconflicto puede verse como un horizonte futuro pero a la vez, puede ser visto como riesgo si se convierte en un escenario de desactivación de la acción política del colectivo, ante la posibilidad de que la ruta pueda ser cooptada dentro de estructuras politizadas y utilitaristas por el imaginario que existe sobre las mujeres “pacifistas” y tejedoras de reconciliación.

El postconflicto implica no solo trabajar sobre los actores armados sino con las mujeres víctimas de las diferentes violencias, propiciando procesos que desinstalen

las estas estructuras de violencias. Una vía para desactivar estas violencias es trabajar en procesos de perdón y sanación pero es necesario reconocer que esto no siempre funciona, por ello el trabajo debe ser intenso y orientado a la construcción desde las regiones y con la participación activa de las mujeres víctimas desde sus espacios cotidianos y no solo, desde espacios institucionales/militares.

En conclusión, las formas de movilización y de acción política de este colectivo, están atadas a formas de resistencia, expresadas en el discurso: ***“obviamente no hace parte de mi quedarme callada”***. La palabra se destaca como medio para pronunciarse ante lo que no se está de acuerdo, como posibilidad de propiciar espacios con otros para construir desde el lenguaje como forma de resistencia y acción política. Por tanto, la movilización y acción política está orientada a formas de oposición, de resistencia al sistema guerrerrista, violento y patriarcal. En suma, la oposición/resistencia implica hacer ruptura con la racionalidad política y transitar hacia otras formas de acción política vinculadas a la “emocionalidad política” donde el centro afectivo es la sororidad y la visibilización por medio de lenguajes que buscan posicionarse en el discurso y ámbito público.